

IDEOLOGÍAS SINDICALES Y POLÍTICAS ESTATALES
EN LA ARGENTINA, 1930-1943*

JOEL HOROWITZ

El tipo de relaciones existentes entre el gobierno y el movimiento obrero permiten definir el carácter de los sindicatos. La represión, la cooperación o la falta de ella, son todos elementos importantes que determinan las tácticas sindicales y su ideología. Ellos ayudan a fijar los límites de lo posible. Es por ello que la interrelación no debe considerarse en forma unidimensional, es decir, no puede reducirse a las formas obvias de intervención en el conflicto entre trabajo y capital. La clase obrera juega un rol, aunque menor, en el juego político multidimensional¹.

En la Argentina los sindicatos podían tener acceso al gobierno de muchas maneras. Las distintas ramas del aparato estatal podían usarse para presionar a los organismos encargados de tomar decisiones. Así, se sancionaron leyes y también se indujo a los entes oficiales a intervenir. El Poder Ejecutivo podía actuar también en el campo laboral. Las conexiones de los sindicatos con los partidos políticos eran vitales en este juego ya que los gobiernos definían en parte su actitud hacia cada uno de los sindicatos según la índole de sus contactos políticos.

Las relaciones entre el gobierno y el movimiento obrero ayudaron a determinar la ideología política de los sindicatos aun antes de 1943 y del surgimiento de Juan D. Perón. No todo fue negativo en esta relación: la cooperación había comenzado en 1916. Sin embargo, antes de 1943 los gobiernos no tuvieron interés en hacer que el movimiento obrero participara en el sistema político. Las élites gobernantes no veían a la clase obrera como actora potencialmente importante en la escena política y trataban a los sindicatos de un modo arbitrario.

Ello no se debía meramente a que el movimiento obrero no tuviese importancia o que el sector moderno de la economía fuese insignificante. Comparado con el resto de América Latina, podría afirmarse todo lo contrario y, sin embargo, las élites argentinas no siguieron el ejemplo de sus contrapartes en Chile o México, por ejemplo, ya que no actuaron sistemáticamente

* La investigación en que se basa este trabajo contó con el apoyo de la Fundación Doherty y el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de California, Berkeley. También quiero agradecer a Tulio Halperin Donghi, a David Collier, a Kenneth Coleman y a Francisco Zapata por sus comentarios sobre el artículo preliminar.

¹ Véase F. G. BAILEY: *Strangers and Spoils: A Social Anthropology of Politics*, Nueva York, 1969.

FOTOCOPIADORA

151 CEHCE

HISTORIA ARGENTINA II

Folio 141

S/F 1

D/F 5

para encuadrar el papel de los sindicatos por medio de leyes laborales, ni tampoco impulsaron a las organizaciones obreras a unirse al sistema político.² Para triunfar en el juego político no era necesario recurrir a una alianza abierta con la clase obrera.

También los sindicatos preferían estos vínculos informales. Por motivos ideológicos, era difícil aharse abiertamente con los gobiernos burgueses. A pesar de ello, había una necesidad urgente de cooperación ya que, frente a la hostilidad general de los patrones, el gobierno constituía un vital mecanismo de apelación.

Sólo después de la victoria de los radicales en las primeras elecciones presidenciales sin fraude, realizadas en 1916, se desarrolla una relación continua entre el gobierno y los sindicatos. Este tipo de interacción cambió durante el período neoconservador (1930-1943), si bien ciertos elementos siguieron siendo los mismos. Las modalidades de la relación entre los sindicatos y el gobierno ayudaron a determinar las orientaciones políticas dominantes en las organizaciones obreras.³

La interacción de sindicatos y gobiernos radicales ha sido estudiada en profundidad por David Rock en su excelente libro *Politics in Argentina 1890-1930: The Rise and Fall of Radicalism*⁴, de modo que en el presente artículo nos limitaremos a abordar el período neoconservador. Cabe, no obstante, una breve digresión sobre el período radical para investigar los cambios que ocurrieron después de 1930.

Los años del radicalismo

Antes de 1916 las elites gobernantes se preocupaban de la política de la clase obrera solamente cuando los sectores populares lograban quebrar la paz, lo cual sucedía con frecuencia, debiendo el gobierno recurrir a la represión.⁵ Como en muchos otros países, el incipiente movimiento obrero en la Argentina estaba dominado por los anarquistas. El desprecio del gobierno por la clase obrera se correspondía, durante este período, con la

² Para comparar distintos países latinoamericanos véase Ruth Berins COLLIER y David COLLIER: "Inducement vs. Constraint: Disaggregating Corporatism", *American Political Science Review*, 73, diciembre de 1979, págs. 967-86.

³ He focalizado mi atención sobre los sindicatos más que en las confederaciones porque creo que éstas hasta 1943 no tuvieron mucha importancia real, lo cual se refleja en las oscilaciones del número de afiliados. Los cambios de índole política en las confederaciones que se produjeron en el período neoconservador están muy bien tratados en Isidoro CHERESKY: "Sindicatos y fuerzas políticas en la Argentina preperonista (1930-1943)", *Boletín de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, 31, diciembre de 1981, págs. 5-42.

⁴ David ROCK: *Politics in Argentina 1890-1930: The Rise and Fall of Radicalism*. Londres, 1975.

⁵ Los comienzos de la historia del movimiento obrero pueden consultarse en Diego ABAD DE SANTILLAN: *La F.O.R.A.: Ideología y trayectoria*, 2a. edición, Buenos Aires, 1971, págs. 7-239; Sebastián MAROTTA: *El movimiento sindical argentino*, Buenos Aires, 1960, 1961, I, II, 11-198; Isaac OVIED: *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, México, 1978; Jacinto ODDONE: *Gremialismo proletario argentino*, 2a. edición, Buenos Aires, 1975, págs. 15-370; Hobart SPALDING: *La clase trabajadora argentina*, Buenos Aires, 1970; Jorge N. SOLOMONOFF: *Ideologías del movimiento obrero y conflicto social*, Buenos Aires, 1971.

actitud de los anarquistas de rehuir todo contacto con el Estado y la política. Sin embargo, el surgimiento de dos fuerzas, el radicalismo en el ámbito político y la tendencia sindicalista en los gremios, cambiaron las relaciones entre el gobierno y el movimiento obrero.

Entre estos dos movimientos existía una superposición de intereses. El sindicalismo había emergido después de 1910 como fuerza dominante en el movimiento obrero, debido en parte a la represión oficial a los anarquistas. En el nivel ideológico, el sindicalismo desdeñaba todo contacto con el sistema político burgués, pero desplegaba una disposición práctica a negociar con los gobiernos, a fin de lograr éxitos en las reivindicaciones cotidianas. El sindicalismo estaba dispuesto a establecer conexiones que no involucrarán a la estructura política formal: quería, en rigor, negociar directamente con los funcionarios estratégicos del Poder Ejecutivo.

Esta actitud concordaba con los deseos de la Unión Cívica Radical y de Hipólito Yrigoyen en 1916. Dado que este partido era una organización popular multisectorial, tenía interés en recibir votos de todos estos sectores y trataba de evitar en forma manifiesta sostener una clase en detrimento de otra. Yrigoyen no estaba interesado en la creación de un movimiento obrero radical, puesto que ello hubiese debilitado el apoyo de otros sectores, pero lo que sí le interesaban eran los votos. Así, los sindicalistas tendían a ser un objetivo interesante por dos motivos. En primer lugar eran argentinos nativos y por lo tanto podían votar.⁶ Por otra parte, como el sindicalismo no tenía conexiones con los partidos políticos, era susceptible al tipo de catequización que se proponían los radicales.

Yrigoyen consiguió el apoyo de la clase obrera gracias a su actitud durante las huelgas organizadas por los gremios sindicalistas. En lugar de utilizar el aparato represivo del Estado para ayudar a los patrones, en los años posteriores a 1916, la policía asumió una postura más neutral en ciertas ocasiones. En otras se presionó a los patrones para que pusieran fin a las disputas en términos que favorecieran a los obreros. El interés del gobierno se concentró primordialmente en las actividades vitales, tales como portuarias y ferroviarias, donde existían grandes concentraciones de obreros calificados que vivían en distritos electorales estratégicos.

Esta actitud de los radicales fue importante para el crecimiento del movimiento obrero. Las organizaciones laborales no tenían personería jurídica, la mayoría de los gremios eran reducidos y sólo representaban una baja proporción de los trabajadores en la industria. Con muy pocas excepciones, la burguesía industrial no estaba dispuesta a negociar con los gremios. El movimiento obrero necesitaba de influencias externas para presionar a los patrones y el gobierno era la única fuerza disponible. Algunos gremios llegaron a depender muy estrechamente de la intervención activa del gobierno para subsistir. No se quiere sugerir que el movimiento obrero fuese obsesivo, sino que las metas que podía fijarse eran muy limitadas, en parte

⁶ ROCK, op. cit., págs. 87-9.

⁷ Unos pocos tenían personería jurídica, con lo cual su posición legal era parecida a la de un club deportivo.

por su propia debilidad y en parte también por la actitud del gobierno y de la patronal. Cuando los gremios desistían de sus objetivos revolucionarios, aunque no siempre de la retórica, lo hacían sólo para adecuarse racionalmente a las condiciones reales de su existencia; para operar así algún tipo de restricción a sus demandas a cambio de la ayuda oficial.

Como los radicales estaban interesados fundamentalmente en ganar votos, no necesitaban de un plan muy preciso para negociar con el movimiento obrero. Reaccionaban frente a las iniciativas de los sindicatos y tomaban las decisiones de acuerdo con cada situación en particular. Si las condiciones eran propicias, el gobierno estaba dispuesto a brindar su apoyo. En 1917, por ejemplo, el gobierno dudó antes de mandar a las tropas para mantener el orden durante una huelga en los ferrocarriles de la provincia de Santa Fe. Finalmente obligó a la empresa a que llegara a un acuerdo en términos que fueran favorables a los trabajadores, en parte también porque deseaba fortalecerse políticamente en esa provincia. El gobierno de Yrigoyen tenía interés en granjearse la buena voluntad de los obreros ferroviarios, siempre que el costo no fuese demasiado alto. Cuando las huelgas se hicieron demasiado frecuentes y amenazaron con interferir seriamente en el transporte, Yrigoyen retiró su apoyo⁸.

La intervención de los radicales en la lucha entre trabajo y capital no se limitó a la industria del transporte. A principios de 1919, los obreros de la incipiente industria telefónica intentaron formar su propio gremio y fueron a la huelga durante veinte días con ese fin. La huelga terminó con la intervención directa de Yrigoyen, quien ofreció los servicios del jefe de policía de la Capital Federal como mediador⁹.

Por otro lado, como el interés de Yrigoyen por el movimiento obrero, estaba motivado principalmente por consideraciones prácticas, el gobierno reaccionaba con vigor frente a aquellas actividades gremiales que consideraba amenazadoras desde un punto de vista político. Cuando en 1917 un gremio vinculado al Partido Socialista llevó a una huelga a los trabajadores municipales, el gobierno no vaciló en aplastarla. Sólo aceptó negociar después de que la corriente sindicalista fue convencida para intervenir a favor de los huelguistas¹⁰.

Los intentos de Yrigoyen de conseguir apoyo, interviniendo en las huelgas lideradas por los sindicalistas, duraron hasta que la violencia obrera

⁸ Véase, por ejemplo, Alfredo FERNANDEZ: *El movimiento obrero en la Argentina*. Buenos Aires, 1935, I, N.ºs. 4 y 5, 217-45, II, 251-53; Paul GOODWIN: *Los ferrocarriles británicos y la UCR*. Buenos Aires, 1974, págs. 69-148; ROCK, op. cit., págs. 138-52; Juan B. CHITI y Francisco AGNELLI: *Cincuentenario de "La Fraternidad"*. Buenos Aires, 1937, págs. 318, 383-404; Manuel F. FERNANDEZ: *La Unión Ferroviaria a través del tiempo*, Buenos Aires, 1948, págs. 83-101. Actividades similares tuvieron los obreros portuarios; véase MAROTTA: op. cit., II, págs. 202-06; Robert SHIPLEY: "On the Outside Looking In: A Social History of Porteno Worker during the 'Golden Age' of Argentine Development", tesis de doctorado, Rutgers University, 1977, págs. 282-87.

⁹ FEDERACION DE OBREROS Y EMPLEADOS TELEFONICOS: *Luchas y conquistas*. Buenos Aires, 1944, págs. 8-18.

¹⁰ Francisco PEREZ LEIROS: "Instituto Di Tella. Programa de Historia Oral", pág. 13 (que de aquí en más llamaremos IDTPHO); PARTIDO SOCIALISTA: *Anuario socialista 1930*, Buenos Aires, 1929, págs. 209-11; Martín CASARETTO: *Historia del movimiento obrero argentino*, Buenos Aires, 1946, I, págs. 179-81; ROCK, op. cit., págs. 132-34.

amenazó con alienarle a otros sectores de esa gran coalición que era la Unión Cívica Radical. Entre los años 1917 y 1920 se observó una intensa actividad obrera, favorecida por la aquiescencia del gobierno, por la inflación y por las esperanzas creadas por la Revolución Rusa. Este último acontecimiento sembró el pavor en la burguesía argentina e hizo cada vez más difíciles las relaciones que los radicales habían establecido con los trabajadores. La burguesía imaginó que una revolución similar podía producirse en la Argentina¹¹. La violencia masiva desatada por los obreros en enero de 1919 (la Semana Trágica), que dejó cientos de muertos, combinada con el fortalecimiento del apoyo a los radicales en áreas sin una influencia sindical importante, es lo que con el tiempo los llevó a desalentar las huelgas¹². El movimiento obrero se estaba convirtiendo en un potencial riesgo.

El amparo de Yrigoyen había permitido que la corriente sindicalista tuviese cada vez más importancia y que dominase el movimiento gremial. Su confederación se expandió rápidamente; claro que no sólo por el apoyo del gobierno, pero la ayuda de este jugó un papel esencial. Si bien la posición del sindicalismo se fue debilitando frente a otros sectores obreros en los años '20, siguieron siendo la fracción más poderosa en el movimiento obrero¹³. Esto se debió, en parte, al cambio de actitud de los radicales, posterior a 1919.

Los radicales abandonaron su táctica anterior de ayudar a las huelgas y apoyaron a aquellos gremios que no constituyeran una amenaza de tipo disruptivo, como había ocurrido en el período previo. Su interés seguía siendo el de atraerse adhesiones políticas. No es que pusieran demasiado empeño en ello, pero el apoyo que dieron a la Unión Ferroviaria, recientemente constituida, fue vital para su éxito.

La Fraternidad, el gremio de los ingenieros y fogoneros, ayudó a fundar la Unión Ferroviaria en 1922 porque creía que sólo tendría éxito cuando se hubiesen organizado todos los obreros ferroviarios. Los primeros dirigentes de la Unión Ferroviaria, que se habían comprometido entre 1917 y 1919 en una ola de huelgas finalmente derrotadas, estuvieron marcados por la falta de disciplina y los reveses de esos años. También se dieron cuenta de lo valioso que podía ser el apoyo oficial. Así el sindicato se articuló sobre los principios que habían deducido a partir de las experiencias pasadas: centralización del poder y disciplina férrea; no se permitiría a los grupos

¹¹ El número creciente de huelgas puede verse en DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO: *Estadística de las huelgas*, Buenos Aires, 1940, pág. 20. Para la inflación, véase Guido DI TELLA y Manuel ZYMELMAN: *Las etapas del desarrollo económico argentino*, Buenos Aires, 1967, págs. 317, 343. El miedo por el impacto de la Revolución está en Darío CANTON, José L. MORENO y Alberto CIRIA: *Argentina: La democracia y su crisis*, vol. VI de la Colección Historia Argentina, editada por Tulio Halperin Donghi, Buenos Aires, 1972, pág. 66-7.

¹² ROCK, op. cit., págs. 163-200. SHIPLEY (op. cit., págs. 291-312) dice que los problemas del movimiento obrero se debían en gran parte a la presión que contra ellos ejercía la patronal.

¹³ No existen estadísticas confiables para los años '20. Nuestra opinión se basa en el hecho de que la Unión Ferroviaria puede ser calificada de sindicalista a pesar de los numerosos activistas socialistas que participaban en el gremio. La organización defendió siempre una postura apolítica. Para ver las cifras disponibles de agremiados, véase Joel HOROWITZ: "Adaptation and Change in the Argentine Labor Movement: A Study of Five Unions", tesis de doctorado, Universidad de California, Berkeley, 1979, págs. 145-50.

locales una acción independiente. La Unión Ferroviaria se mostró renuente a la huelga, prefiriendo usar en cambio tácticas que evidenciaran el poder de la organización sin detener por completo el tránsito ferroviario¹⁴.

Este era el tipo de filosofía que propiciaban los radicales y fue así como se establecieron rápidamente conexiones entre el gremio y el gobierno. Durante la presidencia de Marcelo T. de Alvear, la Unión Ferroviaria consiguió una serie de concesiones importantes, amparada por el deseo del presidente de encontrar nuevos aliados políticos. Los sueldos aumentaron en forma considerable; los ascensos se reglamentaron de modo de limitar el favoritismo y dar importancia a la antigüedad; tanto las empresas como el estado entendieron que el sindicato constituía el agente de negociaciones de los trabajadores; se establecieron procedimientos para canalizar los reclamos. Estas victorias se obtuvieron con el apoyo del gobierno¹⁵. Los sindicatos ferroviarios fueron las primeras organizaciones obreras que lograron una relación continuada con el gobierno. La Fraternidad representaba a un grupo relativamente pequeño de obreros calificados, pero la Unión Ferroviaria obtuvo concesiones para obreros de todo tipo.

¿Cómo se explica que la Unión Ferroviaria pudiera hacer todo esto? El sindicato asumió funciones que deberían haber sido del gobierno, como lo era el mantenimiento del orden en el extenso sistema ferroviario. En una huelga local, la Unión Ferroviaria utilizaba su poder para aislar dicha medida de fuerza. Cuando las autoridades decidían poner fin a un paro, no era necesario mandar las tropas, puesto que los dirigentes del sindicato asumían la responsabilidad de restaurar el servicio. La Unión Ferroviaria constituía, así, un reaseguro contra una huelga nacional devastadora, confrontación que no podía ser beneficiosa ni para el gobierno ni para la dirigencia sindical.

La Unión Ferroviaria también resultaba atractiva para los radicales porque era manifiestamente "apolítica". Los dirigentes eran en parte sindicalistas y socialistas, pero su interés primordial residía en la actividad gremial más inmediata. Antonio Tramonti, presidente del sindicato desde 1922 hasta 1934, fue acusado por los sindicalistas de favorecer a los socialistas en la época del '20, aunque en los años '30 lo acusaron los socialistas de favorecer a los sindicalistas. De hecho era un hombre preocupado principalmente por el sindicato y tal vez fuese, en segundo lugar, sindicalista¹⁶. Esta falta de compromiso político gozó del beneplácito de los radicales,

¹⁴ De acuerdo con Charles ANDERSON, "los rivales políticos" entran en América Latina al sistema demostrando su poder pero utilizándolo en forma restringida. *Politics and Economic Change in Latin America: The Governing of Restless Nations*, Nueva York, 1967, págs. 105 y sigs. Para la historia de la Unión Ferroviaria, véase Manuel FERNANDEZ: *La Unión Ferroviaria*, op. cit.; HOROWITZ, op. cit.; Heidi GOLDBERG: "Railroad Unionization in Argentina, 1912-1929: The Limitations of Working-Class Alliance", tesis de doctorado, Universidad de Yale, 1979.

¹⁵ Resúmenes del proceso se pueden consultar en GOODWIN, op. cit., págs. 219-59; M. FERNANDEZ, op. cit., págs. 163-76. Ejemplos de los contratos constan en UNION FERROVIARIA: *Memoria y balance de la Comisión Directiva, 1925*, Buenos Aires, 1926, págs. 5-13.

¹⁶ Véase los comentarios de Tramonti en Unión Ferroviaria: Libros de actas de la Comisión Directiva. Acta 22, 20 de diciembre de 1933, págs. 44, 53-5. Véase también sus comentarios sobre los partidos políticos en Comisión Especial de Representantes de Empresas y Obreros Ferroviarios: *Revisión de escalafones, convenios y reglamentos*, Buenos Aires, 1930, pág. 159.

quienes pudieron ampliar sus bases a través de mayores concesiones. Para la Unión Ferroviaria la fórmula también resultó atractiva porque creció rápidamente hasta convertirse en el sindicato más grande de la Argentina. En 1925 tenía 28.432 asociados y 70.793 en 1930¹⁷.

Es indudable que la relación establecida por la Unión Ferroviaria con el gobierno era excepcional, si bien otros gremios, incluyendo marítimos y tranviarios, intentaron seguir sus pasos¹⁸. Los radicales querían expandir el número de organizaciones con las que pudiesen cooperar. Por ejemplo, en 1929, durante la segunda presidencia de Yrigoyen, éste obligó a la compañía de teléfonos a firmar un contrato con el gremio, de tendencia sindicalista, recientemente fundado¹⁹.

Las interacciones de gremios y gobierno se mantuvieron en el plano informal, situación que convenía a ambas partes. A los radicales sólo le interesaban los votos y el movimiento obrero sindicalista "apolítico" se adecuaba perfectamente a este deseo. Los sindicalistas, por su parte, no querían atarse abiertamente al gobierno, sino sólo mejorar los sueldos y las condiciones de trabajo. Cabe destacar, sin embargo, que con el tiempo la condición "apolítica" del sindicalismo se volvió una cobertura retórica que encubría en verdad los vínculos reales con el radicalismo. Estos lazos no podían confesarse abiertamente dentro de un contexto en el que eran mal vistas las alianzas con los partidos burgueses, pero de hecho existían. Luis M. Rodríguez, importante dirigente sindical de la Unión Ferroviaria desde fines del '20 hasta principios del '30, era afiliado de la Unión Cívica Radical, así como lo eran también varios líderes ferroviarios. Luis F. Gay, figura dominante en el sindicato de telefónicos desde su fundación en 1928 hasta 1946, no pertenecía a la UCR, pero su contacto era estrecho²⁰. El hecho de que los gremios sindicalistas dependieran tanto del gobierno radical habría de crearles problemas en 1930, después del derrocamiento del partido.

El gobierno militar y los neoconservadores, 1930-1943

El golpe de Estado contra Hipólito Yrigoyen en setiembre de 1930 marca el fin del sistema político creado por los radicales y también el tér-

¹⁷ UNION FERROVIARIA: *Memoria y balance de la Comisión Directiva, 1925*, pág. 35; UNION FERROVIARIA: *Memoria y balance correspondiente al año 1930*, Buenos Aires, 1931, pág. 18.

¹⁸ PARTIDO SOCIALISTA: *Anuario socialista 1930*, pág. 149-51; UNION TRANVIARIOS: *Reseña de la labor sindical (1919-1933)*, Buenos Aires, 1933, pág. 11.

¹⁹ Entrevista con Luis F. Gay, Buenos Aires, 17 de octubre de 1975; Luis F. GAY, IDTPHO, pág. 2; FEDERACION DE OBREROS Y EMPLEADOS TELEFONICOS, op. cit., págs. 34-7. Embajada de los Estados Unidos de América en Buenos Aires al secretario de Estado, 25 de setiembre de 1930, National Archives Record Group 59, file N° 835.504/67.

²⁰ Para Rodríguez, véase *El Obrero Ferroviario*, 10 de abril de 1936; FEDERACION DE OBREROS Y EMPLEADOS FERROVIARIOS: *Motivos de su creación*, Buenos Aires, 1939, págs. 22-3. Gay sostiene que siempre tuvo simpatía por la filosofía de Yrigoyen y si bien dice que no fue miembro del partido, consiguió su primer puesto para trabajar en la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires a través de las influencias de su padre que era radical. También participó en una de las conspiraciones radicales contra el gobierno neoconservador. Entrevistas con Gay en Buenos Aires, el 17 de octubre de 1975 y el 31 de marzo de 1976.

mino de una época de intercambios entre el movimiento obrero organizado y el gobierno. Si bien los neoconservadores no descartaron las lecciones aprendidas en el período anterior, exhibieron poco interés por los sindicatos. Además, la dependencia del gobierno del fraude electoral, hacía que una alianza tácita con los sindicalistas careciera de valor político. Por otra parte, los socialistas ayudaron a legitimar al régimen, si bien se oponían a él, siendo pues importante incluirlos dentro del sistema. Es así que los neoconservadores ayudaron a veces a los socialistas en el campo laboral, de tal forma que los gremios dominados por éstos pudieron crecer y empujar hacia una mayor politización del movimiento obrero.

Los cambios se produjeron lentamente, ya que la dictadura del general José F. Uriburu tuvo un impacto decisivo sólo sobre dos sectores del movimiento obrero: el de anarquistas y comunistas. Sobre estos dos grupos se desató una represión feroz, desconocida hasta ese momento y que puso a ambos en la ilegalidad. Los anarquistas nunca pudieron recuperarse y dejaron de tener influencia sobre el movimiento obrero²¹. Los comunistas retomaron su actividad al finalizar el gobierno de Uriburu.

El régimen nunca enunció claramente su actitud frente a los sindicatos, salvo la de reprimir a las organizaciones que constituían una amenaza para el Estado. Los partidos políticos carecieron de poder y las peticiones de los sindicatos en la lucha por preservar las condiciones existentes en una economía que se estaba deteriorando rápidamente, debieron dirigirse al régimen militar. La actividad gremial estaba obstaculizada también por el estado de sitio, la ley marcial y la represión en general²². En el gobierno de Uriburu había dos tendencias: la más dura consideraba a la clase obrera como algo que debía tolerarse en el mejor de los casos o bien suprimirse; la otra era corporativista. Este último grupo, con base en el Departamento Nacional de Trabajo, propugnaba el cumplimiento de leyes laborales, táctica que Perón utilizaría con éxito poco más de una década después. En ese momento el grupo corporativista no tenía el poder suficiente para llevar a cabo sus planes y poco antes del fin del régimen de Uriburu había sido desplazado de sus cargos²³. Las autoridades militares estaban motivadas además por una consideración de orden práctico: la supervivencia.

El destino de los sindicatos fue variado: la relación de la Unión Ferroviaria y de La Fraternidad con el gobierno, por ejemplo, cambió muy poco con respecto al período radical. Si bien el régimen militar no tenía interés por los votos, tampoco podía permitir un gran malestar en el sistema ferroviario. Cuando tuvo que intervenir en una disputa entre la empresa de ferrocarriles y las organizaciones laborales acerca de reducción de salarios y des-

²¹ HOROWITZ, op. cit., págs. 13-15 y 175-79.

²² Ibid., págs. 175-242.

²³ Para apreciar las tendencias corporativistas, especialmente en el Departamento Nacional del Trabajo, véase en primer lugar DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO: *Crónica Mensual*, setiembre de 1930, págs. 3310-11, y *La Vanguardia*, setiembre de 1930 a agosto de 1931 y especialmente 2 y 17 de octubre, 6 de diciembre de 1930, 24 de mayo, 29 de julio al 2 de agosto de 1931. Lo endeble de esta tendencia se puede ver en las páginas de *La Vanguardia* y en las siguientes citas.

pidos, la solución propuesta por el gobierno fue muy similar a las propuestas defendidas por los dos gremios²⁴.

La capacidad de los gremios ferroviarios de obtener una ayuda efectiva del Estado fue bastante excepcional. La posición de los demás gremios se deterioró fuertemente. Si bien en ciertos niveles de gobierno se actuaba de modo favorable a los sindicatos, a menudo no recibieron apoyo de otros sectores del régimen. En este sentido, la experiencia de la Federación de Obreros y Empleados Telefónicos es típica. Cuando se suspendió por tiempo indeterminado a un grupo de obreros telefónicos, la organización fue a ver al jefe de policía de la Capital Federal. Enarbolando sentimientos nacionalistas contra el maltrato de argentinos por una corporación extranjera, el gremio logró persuadir al jefe de policía para que negociara un acuerdo. Sin embargo, la victoria fue efímera ya que muchos de los obreros reincorporados fueron despedidos nuevamente unos meses más tarde²⁵. Los obreros telefónicos también acudían con regularidad al Departamento Nacional del Trabajo, ente que debía reglamentar los problemas obreros en la Capital Federal. A éste se pedía ayuda en el caso de despidos, especialmente de dirigentes gremiales. Aunque el Departamento no prestaba oídos sordos, era impotente frente a la compañía de teléfonos, que se rehusaba a negociar con el sindicato²⁶.

La experiencia del gremio socialista de los textiles es similar. El Departamento Nacional del Trabajo intervino en huelgas limitadas, provocadas por reducción de sueldos o despidos, pero sólo era efectivo cuando las empresas estaban dispuestas a colaborar²⁷. A pesar de la buena voluntad de ciertos funcionarios, el régimen de Uriburu mantuvo su actitud hostil frente a los sindicatos. Los militares no hubiesen tolerado la huelga en un sector de tanta importancia política como la industria del teléfono y, a excepción hecha de los ferroviarios, no intentó proteger a los obreros, a pesar del deterioro de las condiciones económicas.

La primera etapa del período posterior a 1930 terminó, en parte, debido a conflictos dentro de la coalición que había dado el golpe de Estado. Una tendencia, de militancia derechista y liderada por el general Uriburu, pretendía cambiar profundamente la esencia de la sociedad argentina. La otra, con el general Agustín P. Justo a la cabeza, quería retornar a la normalidad política, eliminando a los radicales del poder²⁸. Este último grupo

²⁴ *La Prensa*, agosto-noviembre, especialmente 15 de agosto, 18-20 de noviembre de 1931; *La Vanguardia*, agosto-noviembre, especialmente 9 y 10 de setiembre, 3 de octubre y 20 de noviembre de 1931; *El Obrero Ferroviario*, 1º de setiembre a 16 de noviembre de 1931; Unión Ferroviaria. Libro de actas de la Comisión Directiva, acta 13, 20 de agosto de 1931, págs. 4-8, actas 18-20, 21 de octubre al 13 de noviembre de 1931.

²⁵ Federación de Obreros y Empleados Telefónicos, op. cit., págs. 78-80; *La Vanguardia*, 14 de setiembre de 1930.

²⁶ Véase por ejemplo, *Federación*, octubre de 1930, febrero de 1931; *La Vanguardia*, 8, 15 y 23 de octubre, 5 de noviembre de 1930 y 10 de febrero de 1931.

²⁷ Por ejemplo, la suerte de los obreros en la planta Narciso Muñoz, *La Vanguardia* 26 de setiembre al 4 de octubre de 1930 y 16 de enero de 1931; DEPARTAMENTO NACIONAL DEL TRABAJO: *Crónica Mensual*, octubre-diciembre, 1930, pág. 3345.

²⁸ El análisis más perceptivo de las facciones implicadas en el golpe es el de Robert POTASH: